

Jose Luis Gallego

**DISFRUTAR EN LA
NATURALEZA**

Alianza editorial

Jose Luis Gallego

**DISFRUTAR EN LA
NATURALEZA**

Índice

Introducción. La naturaleza te está esperando

1. El gran azul
2. Otoño en el bosque
3. Paseos con sabor a mermelada
4. Entre perdices
5. Los sonidos de la marisma
6. Lo pequeño es hermoso
7. Una mañana en la nieve
8. La cigarra entre los trigos
9. Noche de búhos
10. Un paraíso llamado Cabrera
11. Buitres, liebres y sabinas
12. Amarillo a la genista
13. Bajo una sombra milenaria
14. La hora violeta
15. Tierra de lobos
16. Tambores de paz en el bosque
17. Criaturas galácticas
18. Pájaros desde el balcón
19. Mirando las estrellas
20. Concierto de grillos
21. La laguna de las grullas
22. El espectáculo de la berrea
23. Cerezos en flor
24. El olor del musgo tras la lluvia
25. En los dominios del oso pardo
26. Disfrutar coleccionando
27. La mariposa de la luna española
28. Baños de bosque para curar el alma
29. En los viñedos

30. El gigante de la estepa
31. Dos rapaces marineras
32. Mientras la tierra duerme
33. El increíble viaje de la angula
34. Mañana de espárragos silvestres
35. Elogio de la transparencia
36. Fuera de cobertura en Doñana
37. Encuentro con el martín pescador
38. De campo dentro de casa
39. La fortuna de vivir aquí
40. Llévame al campo

Epílogo. Decálogo para disfrutar en la naturaleza... y protegerla

Créditos

Para Ana Belén, mi paisaje favorito.

La sabiduría consiste, en el fondo, en tener una relación pacífica con lo que está fuera de nosotros: con la naturaleza.

JOSÉ SARAMAGO



INTRODUCCIÓN

LA NATURALEZA TE ESTÁ ESPERAN- DO

Todo lo que soy se lo debo a mi querida naturaleza. Por eso pongo tanto empeño en compartir con los demás el amor profundo, incondicional y sincero que siento hacia ella. Amor, sí. Hay palabras que la mayoría de la gente teme pronunciar por un exceso de rubor. Tal vez se deba a la extraordinaria carga emocional que encierra su significado, o a la desnudez inmediata que provocan en quien se atreve a decirlas. Incluso puede que se sientan intimidados por su sonora belleza.

Pero cómo expresar la pasión por algo a lo que te sientes tan permanentemente unido. Cómo verbalizar el afecto profundo, el fervor y la devoción absoluta hacia la naturaleza si no es con la palabra amor. Yo me considero, como el resto de seres humanos que vivimos rabiosamente ligados a este maravilloso planeta, un amante de la naturaleza y no sé expresar con ninguna otra palabra mi vinculación hacia ella.

Después del amor viene el resto: la vocación de observarla, el compromiso de defenderla o la necesidad de estar en ella. Pero todo eso surge por amor. Incluso la primera de las condiciones de mi propio ser, la de estar vivo, viene precedida de mi condición de amante de la naturaleza.

Observarla, disfrutar de ella y esforzarme en comprenderla ha sido mi principal afán en esta vida. Un afán del que nació la vocación de contarla, de contártela, para convertir mis palabras en una herramienta de seducción a su servicio.

Eso es lo que pretendo con este libro: atraerle aún más hacia ella. Y si digo aún más es porque estoy convencido de que la naturaleza ya ocupa un espacio en su corazón si ha llegado hasta aquí. Nadie abriría las páginas de un libro que invita a disfrutar en ella si no estuviera enamorado de la naturaleza.

Cuando era solo un niño, leí la más bella carta de amor a la tierra, y me impresionó tanto, me causó tan profunda emoción, que llegué a memorizarla prácticamente entera. Se trata de la famosa «Carta del Indio», el texto con el que en 1854 el jefe de las tribus de los antiguos pobladores del noroeste de Estados Unidos, Noah Sealath, respondió a la oferta del presidente Franklin Pierce de comprar sus tierras y trasladar a toda su gente a una gran reserva, lo que suponía el destierro para todos los miembros de las tribus indias.

La respuesta que el jefe Sealath envió al presidente Pierce constituye uno de los documentos más conmovedores de la historia del ecologismo y transmite el enorme respeto y el inmenso amor que los indios norteamericanos sentían por el entorno que habitaban.

Cada aguja brillante de los abetos, cada brizna de hierba en la pradera, cada gota de lluvia, cada claro entre los árboles, cada criatura de la tierra es sagrada para mi pueblo.

Todavía siento un escalofrío al recordar su contenido. He recurrido a ella en infinidad de ocasiones para intentar transmitir los valores de respeto y amor a la Tierra en mis charlas: desde alumnos de primaria hasta universitarios; desde políticos hasta directivos de grandes compañías. La he reproducido como prólogo o epílogo en varios de mis libros. Estoy enamorado de este texto y de su mensaje: tan universal que sigue manteniendo toda la actualidad y todo el sentido, muy especialmente aquí, en esta página dedicada al cuidado del agua.

Los ríos son nuestros hermanos, ellos apagan nuestra sed, llevan nuestras canoas y alimentan a nuestros hijos. Por eso debéis tener respeto por los ríos y tratarlos como a vuestros hermanos. Si ensuciáis los ríos, ensuciáis vuestro nombre.

Con el paso de los años, algunas opiniones han querido restarle valor señalando su posible carácter apócrifo, dudando que saliera de la pluma de un indio para apuntar que tal vez fue una invención del periodista que publicó la noticia, o incluso de algún pionero del ecologismo angustiado por el deterioro ambiental que iban a padecer aquellas tierras con la llegada de la sociedad industrial, como acabó sucediendo. En todo caso ¿Qué más da quién la escribiera? ¿Le resta eso algún valor? En absoluto, su mensaje va directo al corazón.

Todas las criaturas de la Tierra estamos estrechamente unidas por lazos ancestrales y dependemos los unos de los otros. Todos estamos unidos. Esto es lo que sabemos: lo que le ocurre a la Tierra le ocurre también a los hijos de la Tierra.

La «Carta del Indio» es una de las más bellas declaraciones de amor a la naturaleza, un canto a la unión de los seres humanos para cuidar de la tierra que habitamos. Un profundo alegato de respeto al medio ambiente.

El hombre no creó el tejido de la vida: solo es un hilo. Si cortamos el resto de los hilos que nos unen a la Tierra pondremos en riesgo nuestra propia existencia.

En el Día Mundial del Medio Ambiente, que se celebra cada 5 de junio, suelo compartir su lectura con la gente de mi entorno. No se me ocurre mejor manera de festejar una fecha tan importante para todos los que dedicamos nuestra vida a promover entre nuestros semejantes el respeto al planeta.

Enseñad a vuestros hijos y a los hijos de vuestros hijos lo que nosotros hemos enseñado a los nuestros: que la Tierra es nues-

tra gran madre y que lo que le ocurre a la Tierra le ocurre también a los hijos de la Tierra. Cuando los hombres maltratan a la Tierra se maltratan a sí mismos.

Los mensajes de este antiguo escrito siguen hoy más vigentes que nunca, y pueden despertar en las generaciones futuras los mismos sentimientos que lograron despertar en aquel chaval de barrio que soñaba con vivir las más hermosas aventuras en la naturaleza y ayudar a protegerla.

Recuerdo que, por aquellos años, en cuanto salía del colegio, mientras el resto de niños corrían tras un balón, mi único afán era llegar a casa y pedirle a mi madre que sintonizara la emisora de Radio Nacional. En ese momento empezaba mi programa favorito: «La aventura de la vida», mi encuentro con Félix, con mi idolatrado Félix Rodríguez de la Fuente, el gran naturalista que tanto influenció en aquella generación de niños que tuvimos la gran fortuna de compartir con él existencia y que recibimos su impronta de amor y profundo respeto por los animales y sus ecosistemas.

Durante aquellas tardes de radio, la voz de Félix me transportaba a las regiones más remotas del planeta para saber cómo vivían allí sus pobladores y cómo se relacionaban los animales más maravillosos del mundo con el entorno. Era una voz rotunda, clara, mágica, a través de la cual llegaba a la humilde cocina de mi casa el escalofriante rugido del león, los sonidos cristalinos de los pájaros de la selva, el relámpago y el trueno en mitad de la tormenta, el grito del águila, el aullido del lobo o el viento de la tarde moviendo las ramas de los árboles. Era la voz del planeta. Y yo era inmensamente feliz escuchándola e imaginando que recorría aquellos lugares remotos.

Creo que fue en esas tardes de radio y cola-cao con galletas, con los deberes esperando sobre la mesa de la cocina, cuando decidí que mi vida iba a consistir precisamente

en eso, en observar la naturaleza, aprender de ella y llegar a comprenderla para contarla, y de esa manera sumar voluntades y unirme al ejército de chavales que, imbuidos por la sana doctrina de amor y respeto al medio ambiente que nos transmitía Félix en cada una de sus intervenciones, empezaban a formar una gran manada, un enorme clan de amantes de la vida salvaje decididos a protegerla y a impedir su destrucción.

Desde aquellos días de la niñez ese ha sido mi único afán, en el convencimiento de que no existe mejor tarea para el hombre que la de preservar nuestros paisajes naturales, prevenir su deterioro y promover su conservación. Pero también (y sobre todo) disfrutarlos: vivirlos en primera persona, sentirlos y apreciarlos como el más valioso tesoro que nos ofrece la vida. Porque no hay mejor experiencia en la Tierra que la de unirse a ella, unirse a la naturaleza en profunda y sincera comunión, respetándola, amándola y procurando su cuidado, en compañía del resto de seres vivos que la moran.

La naturaleza nos está esperando. Siempre. Es esa amiga fiel que no guarda rencor porque no lo conoce, que no precisa excusa porque siempre nos ha sabido suyos, aunque nos hayamos alejado largo y mucho, desde que empezó el neolítico. Porque, no nos equivoquemos: antes que humanos somos Seres Vivos, y esa condición nos une obstinadamente al árbol, al pájaro, la mariposa, la ballena en la profundidad del océano o el ciervo en la pradera.

Nos une a la lluvia en el atardecer, al agua que corre libremente en el arroyo o al copo de nieve que acaricia el aire en la mañana de invierno antes de posarse sobre las rocas para ser paisaje. Por eso cuando estamos en ella nos sentimos del todo completos, pues volvemos a serlo.

La naturaleza es uno de los mejores lugares para ser feliz, para reencontrarnos con la vida, porque ella es la vida misma. En cada uno de los capítulos de este libro recojo un instante de felicidad junto a ella. Pero hay más, muchos

más. Tan solo he querido recoger un puñado de momentos. Cualquier naturalista aficionado podría complementar la lectura con otros tantos y más, muchos más. Mi único deseo al recogerlos aquí es compartir con el lector la belleza de su recuerdo, y animarle a que viva esas mismas experiencias o cualquier otra en primera persona, en el entorno inmediato (el parque más próximo, un cercano jardín) o en algún destino remoto. Porque, no lo dude, querido lector, sea donde sea, la naturaleza le está esperando.

CAPÍTULO 1

EL GRAN AZUL

El mar, la mar, el líquido amniótico que ha alimentado y protegido la vida en la Tierra, la inmensa placenta del planeta: tal vez por eso nos resulta tan placentera su proximidad.

He tenido la inmensa fortuna de nacer, crecer y vivir hasta hoy junto al mar. No concibo mi vida sin su presencia. Aunque no lo vea está en mí: lo siento y lo presiento.

Ahora mismo, en este preciso instante, mientras intento ordenar las emociones para traducirlas a palabras y compartirlas en este arranque del libro, percibo el mar, la mar, a mis espaldas. Pero la mar es mucho más que la vida, también es el refugio de los sentimientos: el gran balneario de las emociones humanas.

Hay muchos mares en la naturaleza a los que acudir en función del estado de ánimo. Está por ejemplo la playa en una mañana de invierno con la mar serena. La playa desde el paseo marítimo, observando abrigados las gaviotas agrupadas sobre la arena. En esos días de cielo plumizo, la línea del horizonte desaparece porque se amalgama con el gris del mar.

Es un mar nublado frente al que hay una joven sentada en un banco, con la mirada fija en la distancia, buscando respuestas en lontananza. Y un hombre con un perro en libertad que le tira una rama traída por las olas hasta la orilla para que eche a correr tras ella. Es inmensa la belleza de ese perro corriendo con la lengua al viento por la arena de la playa, siguiendo el juego que le propone su mejor amigo, su ser amado, su amor, su amo.

Hay otro mar en el acantilado en un día de temporal. Este es el mar colosal, ciclópeo: un mar que te golpea el alma y te arranca las espumas con la misma fuerza con la que bate las rocas y empuja las gotas saladas hasta las alturas. Es un mar para despertar el ánimo, sacudirlo de viento y de sal y alzarlo más allá de la zozobra y las desconfianzas. El mar embravecido que ayuda a embravecerse y plantarle cara al agobio para arrancárselo de cuajo.

En esos días de tempestad, las aves pelágicas como los paíños, las pardelas, los araos y las alcas, junto al resto de los pájaros salados, bucean y nadan más que vuelan, se dejan ver por la costa huyendo del oleaje que convierte el mar adentro en una imponente montaña rusa. Son días en los que los amantes de la ornitología solemos echarnos a lo alto de los acantilados para, catalejo en ristre y anorak hasta el cuello, disfrutar de unas aves que por lo común solo pueden divisarse desde la cubierta de un barco en travesía, volando a ras de mar y rozando la superficie de las olas con la punta de las alas.

Y luego está el mar profundo: el gran azul. Todos los misterios del planeta Tierra siguen allí abajo, en sus entrañas negras, el lugar más silencioso del mundo. Las crónicas de los investigadores de las profundidades marinas, las novelas que narran la leyenda del gran leviatán, los reportajes sobre calamares gigantes capaces de arrastrar con sus tentáculos un barco hacia la oscuridad que habitan. Son tantos los misterios de los océanos que se me hace difícil entender como somos capaces de destinar miles de millones al presupuesto espacial cuando los mayores enigmas habitan en el silencioso reino de las profundidades.

Apenas conocemos un 1 por ciento de lo que existe allí abajo. Probablemente mucho, muchísimo menos de eso. Pero lo poco que sabemos es simplemente fascinante.

Sabemos, por ejemplo, que en la profundidad del océano sigue viviendo el animal más grande que jamás ha habitado la Tierra. Un ser vivo mucho más grande que cual-